

Letras de Molde

ANO I. PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN. MADRID. Redacción y Administración: Espiritu Santo, 18. NÚM. 10. Domingo 18 de Marzo de 1900. TELÉFONO, 558. Número suelo, 10 céntimos.

REFLEJO

CONFIDENCIAS

Voy pocas veces a Madrid; entre otras razones, porque le tengo miedo al clima. Después de tantos años de ausencia, he perdido ya en la corte la ciudadanía... climatológica (si vale hablar así, que lo dudo), bien ganada, *illo tempore*, en la alegre y descuidada juventud. Además... ¿por qué negarlo? La presencia de Madrid, ahora que me acerco a la vejez, me hace sentir toda la melancolía del célebre *non bis in idem*. No; no se es joven dos veces. Y Madrid era para mí la juventud; y ahora me parece otro... que ha variado muy poco, pero que ha envejecido bastante. Marcos Zapata, ausente de Madrid también muchos años, al volver hizo ya la observación de lo poquísimo que la corte varia. Es verdad; *todo está igual...* pero más viejo. Apolo y Fornos pueden ser símbolos de esta impresión que quiero expresar. Están *lo mismo* que entonces; pero, ¡qué ahumados!

Hay una novela, muy hermosa, de Guy de Maupassant, en que un personaje, infeliz burgués vulgar, que no hace más que sentarse a la misma mesa de un café, años y años, deja pasar así la vida, siempre igual. Pero un día se le ocurre mirarse en uno de aquellos espejos... y es el mismo de siempre, pero ya es un pobre viejo. No pasó nada más... que el tiempo.

Madrid tiene para mí algo del personaje de Maupassant. Desde luego reconozco que en esto habrá mucho de subjetivo...

Una de las cosas que más me entristecen en Madrid es la falta de los antiguos amigos. Han muerto algunos, pero no muchos; otros están ausentes; pero, los más, en Madrid residen. ¿Por qué no se les ve? Porque ya no son las golondrinas que alborotan en la plaza y que interrumpen a San Francisco; ya no son los peripatéticos que discuten á voces, azotacalles perennes del estrecho recinto en que se encierra el Madrid espiritual *propriamente dicho*. Algunos son personajes políticos, y tienen que darse cierto tono; otros se han refugiado en el hogar, desengañados del ágr... Ello es que no los veo por ningún lado.

Y los antiguos maestros, aquellas *lumbereras* en que nuestra juventud creía, porque entonces no se había inventado esta división absurda y grosera de *jóvenes y viejos*; los grandes poetas, los grandes oradores, críticos, moralistas, eruditos, ¿dónde están? Olvidados del gobierno del mundo y las monarquías; calentando el cuerpo achacoso al calor de buena chimenea; rodeados de cien precauciones higiénicas; haciendo la vida monástica en un despacho, á que la edad nos irá condenando á todos. ¡Infeliz del viejo que no haya aprendido, antes de serlo, á estar solo muy á su gusto!

Si casi todos los maestros son ya viejos; salen poco... ¡Qué tristeza! Una de las mayores. Mas, para mí, un consuelo visitarlos. Cuando hago examen de conciencia y veo mi pequenez, mis defectos, una de las cosas menos malas que veo en mí, una de las poquimas que me inclinan á apreciarle todavía un poco, moralmente, es el arraigo de la veneración sincera que siento y he sentido siempre respecto de los hombres ilustres á quienes debe algo mi espíritu.

Como á mis lugares sagrados, solía yo, ir al verme en Madrid, peregrino siempre triste, á casa de Campoamor... que ya no gusta de visitas; de Castelar (que hemos perdido), de Giner, de Valera, de Balart...

Y de este otro señor, el señor X, que no es nadie y es quien ustedes quieran. Otro maestro. Vivía en un barrio allá muy lejos, casi más cerca de Toledo ó de Guadalajara que de la Puerta del Sol. Quiero hablar de la última visita que le hice. Fué de noche. No me esperaba. Es soltero; vive con una antigua doncella de su madre, que es hoy una anciana muy sorda y que debe considerar á los discípulos de su amo como enemigos que no quiere en su casa. Antonia, así la llama, es como Zaratustra, según Nietzsche, recelosa respecto de los que piensan entrar en el apostolado de su amo de ella; amo, pero no maestro, porque Antonia no debe de tener escuela filosófica ni literaria.

Sabe Antonia, vagamente, que su señor vale mucho, por cosas que ella no puede comprender; sabe que los papeles le han puesto mil veces en los cuernos de la luna; que ha sacado de su cabeza unos libros muy buenos que le han dado algunas pesetas, pocas... y mucha honra y muchos disgustos. Y sabe que todo ello no le ha servido para medrar, para hacerse rico, ni para tener influencia en la política, ni con el obispo, ni en Palacio, ni en parte alguna de esas donde se hacen los favores gordos. Visitas, antiguamente, muchas, pero de gente de poco pelo, que traían libros de regalo, ¡libros!—que es lo mismo que si la trajeran á Antonia polvo y lodo de la calle. ¡Libros! Lo que sobra en la casa, lo que á ella la tiene loca, porque no sabe ya donde ponerlos. Ya no hay sitio en mesas, armarios y hasta sillones más que para los libros; y ellos atraen los ratones, y crían polvo, telarañas... ¡horror! Y después, la gracia de que el amo no lee casi nunca esos tomos que le regalán, sino otros muchos que él compra muy caros. «Los que hacen los libros que á mí me estorban y que el señor no lee», éstos son para Antonia la mayor parte de los señoritos que se cuelgan del timbre. ¡Deben de ser tan poca cosa! Además, cuando el amo se guarda de ellos, y miente, como si no hubiera Dios, para disuadirse y no recibirlos, por algo será. No; ni los libros ni los que los traen le dan alegría ni nada bueno al señor... Está triste, sale poco, cada vez menos. Si escribe, ella le ve la cara llena de angustia; si medita, lo mismo. Sólo cuando lee con afán algunos de aquellos libros caros, que él compra, es cuando le nota, á veces, sereno, de veras entretenido, á veces casi

casi sonriente. ¿Dirán aquellos señores, que hasta al amo le gusta lo que dicen? Deben de ser gente lista, de buen trato, sí; pero esos... son justamente los que nunca le vienen á ver.

Mas ¡oh contrastados misteriosos del corazón humano, que ni siquiera Antonia se explica! La buena ama de llaves nota de algunos años acá, sin querer dar importancia al hecho, que las visitas importantes van escaseando; que cada día se olvidan más aquellos discípulos, antes pegajosos, del pobre maestro. Y Antonia, á regañadientes, siente el desaire; ve en él no sabe qué síntoma de vejez, de abandono. También comprende, por muchas señales, que poco á poco el amo se va apartando más de aquella vida de impresiones que le traían los papeles y los amigos y sus salidas frecuentes y á deshora... Y no hay disgustos de aquellos que él se comía, pero que ella adivinaba. Calma, eso sí; mucha, demasada; así como de mal agüero.

Y á pesar de esto, Antonia, así como por tesón, por orgullo de artista—que tiene ella por su amo,— cuando llega á la puerta algún raro admirador, le recibe con ceño, disimulando la simpatía y el agradecimiento que le inspira la fidelidad de aquel hombre, á quien sin embargo trata con el mismo rigor de que antes usaba espontáneamente.

El ceño y los malos modos de Antonia quie, en decir en el fondo: «Ya sabemos que se nos olvida. ¿Y qué? Poco nos importan las vanidades de la gloria; aquí no necesitamos á nadie... Gracias, de todos modos, por la atención; pero conste que ya no nos da frío ni calor nada de cuanto pueda llegar por esa puerta...»

¿Cómo pude yo averiguar todos estos pensamientos de Antonia? Hablando con ella, largo y tendido; una tarde en que fui á ver á X, cuando él, positivamente, no estaba en casa. La criada me recibió mal, como á todos; pero cuando dije mi nombre, cambió de humor de repente. El amo le había anunciado mi visita, y la necesidad de tratarme con amabilidad excepcional, porque yo no era uno que llevaba libros, sino un amigo verdadero. En fin, mucho bueno le debí decir de mí el amo á la criada, porque ella me hizo entrar en el despacho, me obligó á esperar al señor media hora, que llenamos con amable, íntima conversación. El cariño de Antonia á su señor le hizo comprender que yo le quería también como ella, y que también me daba pena verle aislarse, huir de la actividad exterior, dejar que el mundo frívolo le olvidara, porque él no le buscaba con reclamos.

Y así fué que la noche que X me recibió en su casa, ya sabía yo mucho de su estado de alma por el reflejo de Antonia.

No me hizo pasar X á su despacho, sino á una modesta habitación cuadrada, sin pintura ni libros, ni bibelots, ni más muebles que los necesarios. El único lujo allí consistía en murallas de telas y paño para no dejar que entrase el frío. Silencio y calor parecían ser el ideal á que se aspiraba allí dentro. En una butaca, más echado que sentado, con los pies envueltos en una manta, que casi se quemaba en un brasero de bronce, metido en caja de roble, X leía un tomo de *La leyenda de los siglos*, de Víctor Hugo.

«Eh, qué atrevido, ¿verdad?—me dijo.—Si me viene un modernista! Víctor Hugo!—y sonreía, con ironía muda, venenosa.—No,—prosiguió.—Ya sé que usted no es de esos; cuando estuve en su pueblo, y en su casa, ausente usted, vi que en su gabinete de trabajo no tenía usted más que tres retratos; el de la torre de la catedral de su ciudad querida, el de su hijo... y el de Víctor Hugo... La moda... la moda, en arte, muchas veces no es más que una frialdad y una ingratitud. Nuestra gente modernista, por tendencia materialista en parte, y en parte para disimular su ignorancia, hace alarde de no tener memoria. Y... ya lo sabe usted; un gran filósofo moderno—no modernista—por la memoria nos revela el espíritu. Lo presente es del cuerpo, el recuerdo del alma. Doctrina profunda...»

Después, creyendo que todo aquello era hablar de sí mismo, en el fondo, quiso cambiar de asunto y hablar de mis cosas.

«Ya veo, ya veo que usted sigue luchando en veinte periódicos... Hace usted bien... Eso supone cierta fe... En cambio no hace usted libros... También hace usted bien. Yo tampoco hago libros. Son inútiles. No los leen. No los saben leer. Los artículos sí; se leen... pero tampoco se entienden. Yo no los escribo ya tampoco... porque no creo en su eficacia. Y buena falta me hace cobrar unas cuantas pesetas... pero ni por esas. No escribo. Mire usted; entre enseñar cosas del alma á gente que no la tiene y empeñar un colchón, prefiero empeñar el colchón. Gasta menos el espíritu... aunque algo lo gasta también... Hasta hace poco, en vez de artículos escribía cartas á los amigos íntimos, capaces de entender; tres ó cuatro... Ahora ya, ni eso; porque, por las contestaciones, veía que no les enseñaba nada nuevo; pensaban lo mismo, sentían lo mismo. Me devolvían mis tristezas en otro estilo y con otra clase de erudición... Así es que ahora, ni cartas. Nada... Nada más que leer... y calentarme los pies, no los casos... ¿Ha leído usted los versos de Taine á sus hijos? ¡Pocas veces fué tan filósofo de veras el gran crítico como en esos versos!... Ya sé, ya sé que ciertos gusanos literarios me ponen en la lista de sus muertos, y me entierran con Valera, Balart, Campoamor... ¡No es mal panteón!... pero sepan los tales modernistas que yo no soy un muerto de ellos, sino yo. Me he pagado el entierro. Y no soy un enterrado de utilidad. ¡No; soy un Ramsés II, todo un Sesostris! Este es ya mi único orgullo; ser un muerto antiguo, una momia... y mi derecho... el de la muerte también... ¡Que no me anden con los huesos!...»

Y al despedirme, incorporándose, me decía: «Adiós, buen amigo. Dígame usted al mundo que ha visto la momia de Sesostris... en la actitud en que le sorprendió la muerte, hace miles de años... leyendo á Víctor Hugo!»

Cuando salí, en el recibimiento, la sonrisa triste y benévola de Antonia me repitió, á su modo, cuanto su amo acababa de decirme.

En rigor, todo lo que me dijo X no fué más que cuanto yo había adivinado la tarde anterior hablando con su ama de llaves.

Con otro estilo y otra erudición, como X decía, las mismas tristezas.

A UN ILUSO

SONETO

Tamén en este mundo, del que vivís
tu razón enfermeza divorciada,
podrás vez conseguida y realizada
la abstracción que tu espíritu concibe.

En vano forma y perfección recibe
la quimera en el viento fabricada;
no persevera ni subsiste nada,
como en la firma realidad no existe.

Lo que engendró tu mente enardecida,
múca, robusto, nacerá á la vida,
si la práctica execras y maldices;
que no se alza la torre sin cimiento,
ni se levanta el árbol copulento,
si no afirma en la tierra sus raíces.

MANUEL DE SANDOVAL

AMÉRICA Y LOS COMICOS

Ni un solo cómico de los muchos que hay en España—y pasan de doce mil—ha dejado de pensar alguna vez en un viaje á América.

Entre la gente teatral existe la creencia de que, allende los mares, todos conquistan gloria y dinero; y es muy frecuente oír decir á la madre de una tipla sin voz ni voto:

«El día que mi Faunda se vaya á Buenos Aires! ¡Oh, entonces!...»

«Por qué no se va?—se le pregunta.

«Porque es una tonta. Le han hecho proposiciones buenisimas, pero ella no quiere dejar á Paco.

«¿Quién es Paco?»

«Su novio.

«Pues que se vaya él también.

«No puede.

«Por qué?»

«Porque está al frente de una casa de comercio. El es quien lleva todo el peso de una ferretería que hay en la calle del Salitre.

Todos los cómicos que vuelven de América refieren maravillas de aquel país, y dicen que han logrado ovaciones ruidosas y han ganado el oro y el moro.

«A lo mejor encuentra usted en la calle á uno de estos cómicos de ida y vuelta.

«¡Hombre! ¡Forillo! ¿Cuándo ha regresado usted?»

«Ayer por la mañana.

«¿De donde?»

«De Honduras.

«No sabía nada.

«Pues si lo han dicho los periódicos!

«¿Y qué tal?»

«¡Oh! ¡Admirablemente! Aquella es la tierra del oro y de los entusiasmos. ¡Qué campaña tan brillante he hecho! ¡Qué ovaciones! ¡Qué delirio en el público!»

«Y cómo no se ha quedado usted allí?»

«Por mi cuñada. Empezó á padecer unos cólicos cerrados cada ocho días, y hemos tenido que regresar. Bien lo han sentido los ahogados; allí me adoraban. Había usted de ver mi camerino lleno de gente todas las noches: allí capitalistas, allí doctores, allí generales. ¿Ve usted esta petaca? Pues me la regaló el Presidente de la República en mi beneficio.

«Es bastante mala.

«Porque la ve usted después de dos meses de uso, y además tenemos la costumbre de dársela á mi niño el chiquitín para que la muerdra, pues está con la dentición. Es de piel de mulato.

«¿Qué cosa tan rara!»

«Sí, señor, una piel que cuesta carísima, porque hay que matar dos ó tres mulatos para cada petaca, pues no todos sirven.

A grandes distancias, grandes mentiras; de modo que todos cuantos vuelven de América traen un baúl lleno de embustes y lo van desocupando poco á poco.

Al oír nosotros que Forillo ha conquistado laureles, nos preguntamos:

«Pero ¿cómo es posible que un cómico tan malo haya conseguido tamañas victorias?»

Y no falta entonces alguien que conteste:

«No crea usted nada de lo que dice ese desgraciado. Yo estoy en el secreto. Estuvo en Buenos Aires, y una noche, haciendo *El rey que robó*, le tiraron unos gemelos á la cabeza. Después se fué á Honduras, y allí le quisieron matar en cuanto pisó las tablas; por último, gracias á su mujer, que es peina-dora, consiguió ir tirando, hasta que un español compasivo le pagó el pasaje de vuelta. Fijese usted en la frente de Forillo, y verá que aún tiene la cicatriz de los gemelos.

Yo he conocido una joven, hija de un confitero de la plaza de la Berengena, que estudió canto en el Conservatorio, y naturalmente, cantaba muy mal.

A la chica le entró la fiebre americana; es decir,

se la metió en la cabeza irse á Buenos Aires, y el papá traspasó la confitería y tomó el vapor, acompañado de su retoño.

Como la chica cantaba lo mismo que una carreta de bueyes gallega, el público la *reventó* la primera noche, y tuvo que renunciar al arte lírico; pero escriben á sus amigos de Madrid, diciendo:

«Aquí estoy haciendo furor y tengo un sueldo muy grande. Todas las noches me sacan del teatro en hombros, rodeada de hachas de viento y coronas.

«A papá le considera muchísimo la aristocracia y el clero, y si no lo prohibieran las leyes del país, ya le hubieran elegido senador. Si le vierais no le conoceríais, pues se ha puesto dientes postizos, que aquí están muy de moda. La dentadura le ha sido regalada por el Club Asturiano, como prueba de afecto y para demostrar el cariño que á mí me profesa la colonia española.»

Como aquí estamos siempre dispuestos á creer todo lo que nos cuenten de América, nadie pone en duda las victorias artísticas de la hija del confitero, y exclama la gente:

«¡Qué bien ha hecho esa chica en irse á Buenos Aires!»

Pero los que esto dicen ¡no saben que la infeliz vive con grandes trabajos y que el papá, valiéndose de su antiguo oficio, se dedica á hacer bollos de canela y á venderlos por las casas de nuestros compatriotas.

Cuando éstos no le quieren comprar bollos, dice él con acento suplicante:

«No me desairen ustedes, que soy muy desgraciado.

«Pero si no nos gustan los bollos...»

«Debo advertir á ustedes que todo el que compra más de una docena, tiene derecho á oír cantar á mi niña, de balde, avisando en la salchichería de la calle de Rivadaosa, núm. 395.

Mucha gente compra los bollos, pero dice al padre, toda alarmada:

«No, no, por Dios; compraremos los bollos, pero que no cante la niña de ninguna manera.

En cambio hay aquí una señora, madre de una actriz muy bonita, residente hoy en Guatemala, la cual madre recibe letras y regalos en casi todos los correos.

Yo me sorprendí muchísimo cuando supe que la actriz ganaba dinero como artista.

«¿Será posible que una ómica deplorable guste en Guatemala?—me decía hablando conmigo mismo; y pregunté á la mamá:

«¿Conque la niña está ganando mucho?»

«Sí, señor; vive como una reina.

«Me alegro muchísimo. ¿Y en qué teatro trabaja?»

«No está en ningún teatro.

«¿Pues dónde está?»

«En un señor.

«¿Acabáramos!»

LUIS TABOADA

RECETA PARA HACER PLATA

Son tan escasos los libros españoles de Alquimia, que el hallazgo de uno es verdadero acontecimiento. Me refiero á obras originales, ó siquiera á compilaciones discretas, no á imitaciones, casi siempre ridículas y astrafalarias, diputadas á veces por maravillas, cuajadas de los más famosos disparates, que encubren, en ocasiones, singulares recetas para fabricar todo lo humano y divino, cuando no para aderezar sutilísimos venenos. Y tan escasos como los libros, andan los verdaderos alquimistas: pasan por tales ciertos ignorantisimos pedantones, que cubrían su falta de Minerva con el más laberíntico y enrevesado lenguaje, y la raridad y poco pelo de su ropa, con el descuido, compañero inseparable de quien, embebecido en las cosas de lo alto, desecha las ansiedades y fruslerías del vestir limpio, andar aseado y cuidar de la propia persona.

No pocos de nuestros pseudo-alquimistas fueron hábiles fullereros, embaucadores de tomo y lomo, pillos redomados, capaces de engañar al mismo diablo y de falsificar cuanto Dios crió y algunas cosas más. Pero aún éstos carecieron de originalidad: copiabán de los italianos, que en muchas de sus malas artes daban tres y raya á nuestros aptos escrutadores del arte transmutorio.

Aunque parezca mentira, fuerza es confesar que mientras en todas las escuelas de Europa privaban las doctrinas alquimistas y sus adeptos no se daban punto de reposo buscando el modo de hacer oro sin oro, conservábase y mejorábase en España el medio de extraer plata de los minerales que la contienen y se ponían los cimientos del arte de los metales, que en España tuvo su comienzo y por españoles fué practicado con notable acierto.

Como muestra del género de alquimia que en España se usaba, pongo aquí una receta para hacer plata, en la cual se observa, aparte del lenguaje, de suyo obscuro, la general tendencia á las cosas prácticas, sin parar mientes en inquirir quintas esencias y otras zarandajas, muy del gusto de los más duchos en achaques de piedra filosofal. Ha de advertirse que no se trata de un descubrimiento sin precedentes, sino de una tradición, venida de muy antiguo, que conservaron y perfeccionaron, añadiéndole no poco de propia cosecha, nuestros avisados é ingeniosos explotadores de la plata, gloriosos fundadores de su metalurgia. Procede la receta de un manuscrito, existente en la Biblioteca Nacional, el cual data de la primera mitad del siglo xv y dice de esta manera:

Obra blanca particular, la mejor de quantas son particulares, es esta que se sigue. Toma dos libras de limalla de fierro, preparada en su lexia e desecada, en poluora, e otro tanto de plomo calcinado, en la manera que los olleros hacen quando quieren vedriar, e toma cuatro libras de sinabrio; las cuales tres cosas molerás sobre mármol, cada una por sy, e después las incorporarás en uno, en molliendo e abreando sobre mármol con buena agua ardiente, en desecando al sol ó sobre cenizas calientes todavía, molliendo e abreando del agua ardiente fasti-